



Chiquita Barreto Burgos



De puro susto

Agileo salió de baja un día nublado de octubre. Él no lo notó. Le pareció el día más luminoso y el feliz de su vida.

Si la ilusión tuviera algún peso tal vez no lo podría llevar sobre sus flacos hombros. Eran tantas y algunas tan disparatadas como la de crecer más en estatura o cultivarse un bigote en la cara lampiña, ahora que ya era legalmente un hombre.

Unos días antes había cumplido los dieciocho años y creía saber de todo.

Había estado con alguna mujer antes de ir al Chaco, y al volver se habían ido en tropel con sus camaradas a un prostíbulo, de donde salieron con el cuerpo temblenque, felices y culpables, por las obscenidades tiernas que le habían susurrado al oído en el preciso momento en que algo tibio les reventaba en la cabeza: una explosión que les dejó temblorosos y confundidos, con una sensación de pecado e inocencia.

Volvieron a salir en tropel, y para cerrar el capítulo más importante de sus vidas, caminaron directamente desde el burdel hasta el santuario de la Virgencita a cumplir el rito de adiós a la dura vida del cuartel.

Al llegar frente a la basílica de vitrales luminosos, tal vez para retardar la despedida, se sentaron a tomar unas cervezas, entrenándose en comportamientos que creían de

hombres, y con el gusto amargo de la bebida tibia, con la misma actitud de desamparo con que se despojaron de sus ropas frente a las profesionales del amor para probar su hombría, entraron al santuario. Se santiguaron con -37- manos torpes como si espantaran moscas, dijeron alguna oración apresurada, se miraron conmovidos y llegó la hora del adiós.

Se dieron algún que otro abrazo, avergonzados de descubrir inusitadas ternuras, y cada cual partió a reencontrarse con lo que había dejado.

Agileo abordó un colectivo, apresurándose a pagar el pasaje, y con una súbita dignidad ocupó el único asiento vacío y cabeceó un largo sueño con la boleta bien visible entre sus dedos toscos y morenos.

Medio dormido aún descendió en el pueblo, y las nubes que él no vio se convirtieron en mansa lluvia.

Aún tenía mucho camino por recorrer. Con suerte, algún vehículo lo recogería y el esperado reencuentro con su familia sería antes de la noche.

Mientras caminaba con pasos largos y rápidos, iba pidiendo con el pensamiento que sus ilusiones se mantuvieran robustas, que no decayera la intensidad de sus deseos para convertirlas en realidad. Marchaba tan metido en su caparazón de sueños que casi saltó del susto frente al camión que se detuvo con un bocinazo festivo y el conductor con una señal le invitó a subir, advirtiéndole con simpatía que iría a hacerle compañía a otro pasajero seguramente tan mojado como él.

Agileo trepó sin dificultad a la parte trasera del vehículo que partió apenas puso un pie adentro.

Sintió un ligero temblor en la columna al comprobar que no tenía compañero de viaje, y sonrió con amargura de lo que le pareció una broma de mal gusto: no existía otro pasajero, en la carrocería sólo había un rústico ataúd, pintado de lila.

-38-

Se acomodó lo más lejos que pudo del insólito cajón, decidido a bajarse en cuanto pasara la lluvia. Una extraña tristeza agitó su pecho como un terremoto suave y una salmuera tibia le resbaló a la boca y por un breve momento sintió que una sombra apenas perceptible se detuvo sobre él, pero un rato después se tranquilizó, cesó la lluvia, él cambió de idea y continuó viaje, sorprendido por descubrir la fugacidad de sus emociones.

Iba tan absorto en sus pensamientos, volando de una idea a otra -quería comprar un vaquero, una guitarra; cambiar su destino de pobreza, producir milagros en la pequeña parcela de tierra, criar conejos, ser amado por una mujer, sentir la maravilla de sembrar un hijo en el vientre querido- que no se percató que la tapa del ataúd se movía y en el pequeño hueco asomó el rostro juguetón de un muchacho de su edad que le preguntó en guaraní:

-Opima pico.

Agileo sintió un fuerte golpe entre la garganta y el busto, y por una fracción de segundos volvió al día en que se despidió de su madre. Recordó con nitidez su pecho con olor a orégano y perejil y entró suavemente a un túnel extrañamente silencioso.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

